

Alberto
D'Ázquez-Figueroa

Viracocha



Los incas esperaban a su dios creador del universo, Viracocha, pero en su lugar apareció Alonso de Molina, lugarteniente de Pizarro.

Fabulando la llegada de los españoles al Perú, Alberto Vázquez-Figueroa cautiva una vez más la conciencia del lector para situarle en la muy placentera levedad de la novela de aventuras.

A Carlos Ares, de profesión gallego

Prólogo de autor para la presente edición

A menudo me suelen preguntar las razones por las que decido escribir un determinado libro, y si acostumbro a hacerlo pensando en el gusto de los lectores, en el posible éxito de ventas que el tema ofrezca a priori, o guiado tan sólo por un simple capricho.

La respuesta es siempre la misma: se trata de un capricho aunque matizando, desde luego, que en mi caso debería considerarse casi como una necesidad fisiológica.

Cuando comencé a escribir —hace ahora treinta y dos años— jamás abrigué la menor esperanza de que éste fuera un oficio con el que se consiguiera ni tan siquiera malvivir, y por lo tanto siempre me lo planteé como un solitario placer del que no debería esperar más que la satisfacción que me proporcionase en sí mismo.

Recuerdo que un viejo editor de aquellos tiempos, al comentarle un día cuál era mi actitud al respecto, me contestó: «Haces bien al tomártelo como un simple pasatiempo porque las probabilidades de que en este país alguien viva de la pluma son, como mínimo, de una entre diez millones...»

Al preguntarle cómo había llegado a tan pesimista conclusión, señaló convencido:

—Muy fácil...: cuando alguien quiere ser médico, le hacen la competencia los médicos, «titulados» y «vivos», de la ciudad en que vive... Y en casos muy extremos algún especialista extranjero. Lo mismo les ocurre a los arquitectos, in-

genieros, banqueros e incluso a los políticos. Sin embargo, a ti te harían la competencia todos los escritores muertos, porque yo, entre editar a Tolstoi, que siempre vende, o a ti, que nadie te conoce, prefiero a Tolstoi. Luego, te harían la competencia todos los autores vivos, cualquiera que sea su nacionalidad, porque en el mundo del libro no existen aranceles de protección y entre un novelista famoso y tú me inclino por traducir al que ya viene precedido del éxito; y por último, te harían también la competencia todos los aficionados del mundo que están dispuestos a publicar gratis y aun pagándoselo de su propio bolsillo.

Fue, desde luego, un buen consejo, lo seguí al pie de la letra, y continué escribiendo por mero placer hasta que de pronto, veintidós años más tarde, y ya con catorce libros editados a trancas y barrancas, el público decidió ayudarme a vivir de aquello que más me gustaba.

Entendí bien pronto que eran los lectores los que se habían pasado a mi bando y que, por lo tanto, las reglas del juego establecían que debería continuar escribiendo a mi gusto, y ellos lo aceptarían o no según les apeteciera. Cambiar de estilo, buscando agradar a toda costa, hubiera significado traicionar su confianza y traicionarme a mí mismo.

Admito que alguna vez caí en la tentación de hacerlo pero el resultado fue que siempre salí a disgusto y malparado y, por lo tanto, desde hace ya mucho tiempo tan sólo escribo aquello que me gusta, como en el caso de este Viracocha, una historia que me interesaba a tal punto, que hace ya más de veinte años llegué a dar a luz una muy mediocre obra de teatro basada en la azarosa vida del capitán Alonso de Molina.

No sólo me atraía el personaje, un aventurero un poco loco, revolucionario e intelectual, sino también el lugar en que se desarrollaron los hechos —en los fastuosos paisajes de los Andes peruanos y sus ciudades de piedra— y la curiosa época histórica en que tuvieron lugar, durante los años que precedieron a la Conquista, con el brutal choque

que debió significar el encuentro entre dos civilizaciones tan dispares.

Aunque la idea me rondaba la cabeza desde hacía ya dos décadas, quizá nunca me consideré lo suficientemente preparado como para arriesgarme con una novela de connotaciones históricas y geográficas que presentaba infinitas dificultades, hasta que al fin —el día en que cumplí cincuenta años— llegué a la conclusión de que si con medio siglo a la espalda no me decidía a abordarla, ya no me atrevería a hacerlo nunca.

El resultado, después de muchos estudios y muchos viajes al Perú, es este libro que ahora tienen en sus manos los lectores de *Círculo*, pero cuyo posible éxito de crítica y público importan ya muy poco, porque lo cierto es que llevarlo a cabo me produjo en sí mismo un gran placer, y como aseguraba aquel viejo y querido editor, eso es lo único que en realidad importa.

Escribir, como amar, son círculos perfectos que no precisan de elementos externos...

¡... pero ojalá les guste...!

Alberto Vázquez-Figueroa

Por allí se va a Panamá, para vivir para siempre en la miseria y la deshonra... Por aquí, a lo desconocido y sufrir penalidades o a conquistar nuevas tierras y conseguir la gloria y la riqueza. Que cada cual escoja, como buen castellano, lo que mejor le plazca...

Le vino a la mente una vez más la tragicómica imagen del anciano esquelético y mugriento cuyo enfebrecido rostro, oculto tras una enmarañada barba grisácea, reflejaba la desesperación a que le habían conducido años de hambre, enfermedades y miserias, pero cuyos penetrantes ojos demostraban, más que un millón de palabras, que pese a la infinidad de contratiempos, traiciones y malquerencias que había tenido que soportar desde niño, continuaba siendo —ya casi en el ocaso de su vida— el más osado y testarudo de los capitanes extremeños.

Acababa de trazar una raya en la arena con la roma punta de su maltrecha espada y, al observar cómo le bailaba la herrumbrosa armadura en torno al descarnado pecho que semejaba un desvencijado cesto de mimbres ya resecos, experimentó una dulce piedad hacia lo poco que quedaba de su pasada hidalguía, y sacudió la cabeza alejando el triste pensamiento de que había llegado la hora de que alguien encerrara por loco a aquel viejo y cansado luchador.

Pero allí estaba, solo al otro lado de la profunda raya, desafiándoles una vez más con sus ojos de fuego, firme como una roca sobre sus flacas patas de cigüeña, con la espalda levemente cargada por el peso de la edad y el sufri-

miento, y tres blancos mechones de ralos cabellos asomando impertinentes por los bordes de un abollado yelmo que más parecía cacerola de cocina miserable que casco protector.

Hasta allí habían llegado; aquél era sin duda el fin de la más estúpida aventura de la última centuria y, sin embargo, una piltrafa humana con más hambre que aliento aún insistía ciegamente en que en el desconocido Sur aguardaba la gloria y la riqueza, mientras que el regreso al hogar tan sólo acarrearía la vuelta a las desgracias.

Un murmullo de hastío y descontento se extendió como una ola sobre los cansados hombres que observaban la escena.

Alonso de Molina miró a su capitán que le miró a su vez como si pretendiera hipnotizarle, y tuvo que apartar el rostro a sabiendas de que sería capaz de convencerle sin pronunciar ni una nueva palabra.

Luego el anciano se volvió a Bartolomé Ruiz como si se tratara en verdad de su última esperanza, y tras unos instantes de duda, el arriesgado piloto andaluz dio tres largas zancadas y atravesó la ridícula raya.

Le siguieron varios hombres cuyo nombre había olvidado, y al fin el propio Alonso de Molina, sin que ni siquiera él mismo llegara a saber jamás qué le impulsó a dar semejante paso y si lo hizo en quinto o sexto lugar, porque había pasado más de un año, los detalles carecían de importancia y nadie debía acordarse ya de lo que ocurrió en la desolada isla del Gallo y cuántos fueron los ilusos que una vez más confiaron en las locas fantasías del viejo Pizarro.

Todos habían regresado ya definitivamente al Norte; a la miseria y a la paz de sus hogares de Panamá, Santo Domingo, España o Nicaragua, y él era probablemente el único en cuyos oídos continuaban resonando las palabras del maltrecho capitán, que sin más ayuda que una docena de lunáticos hambrientos aún soñó con intentar la conquista de un gigantesco imperio.

Si hubiera imaginado aquella triste mañana, todo cuanto ahora comenzaba a intuir sobre el tamaño y poderío del imperio que Pizarro se empecinaba en invadir con sus menegadas huestes, la patética escena se le hubiera antojado aún más ridícula y en lugar de sentir piedad y admiración por el postrer gesto de audacia de su indomable líder, hubiera acabado por reírse en sus largas narices, escupiéndole a la cara por su idiota arrogancia.

—«Cortés lo hizo».

Mil veces había escuchado aquel vano argumento y otras mil lo esgrimió tratando de convencerse o convencer a los incrédulos, pero ya lo encontraba gastado por socorrido y necio, y tanto más inconsistente se le antojaba cuanto más se adentraba en aquel mítico reino del que nadie supo contar jamás más que sandeces.

Eran otros los tiempos y otras las gentes que acompañaron a Cortés en su aventura por tierras mexicanas, y sobre todo debió ser otro bien distinto el pueblo al que tuvo que enfrentarse, pues no cabía en mente humana que con tan escasa tropa hubiera conseguido inquietar en lo más mínimo a una organización como la incaica.

Recorrió con la vista los gruesos muros de la amplia estancia en que había pasado la noche, admiró una vez más la exquisita técnica con que estaba labrada cada piedra para que encajara con matemática precisión en las vecinas, y se autoconvenció de que ni los más afamados canteros italianos habrían conseguido un trabajo semejante.

Recordó luego la magnificencia de la ciudad de Túmbez; la colosal obra de ingeniería de los regadíos de los valles costeros, o la delicada belleza de su cerámica, sus tejidos y sus joyas, y llegó nuevamente a la conclusión de que ni Cortés, ni Alvarado, ni Balboa, ni ningún otro de los grandes capitanes de su tiempo, hubiera osado intentar siquiera la conquista de un imperio semejante.

Y, sin embargo, estaba convencido de que el testarudo Francisco Pizarro volvería.

A estrellarse contra su negro destino una vez más sin duda alguna, pero tan decidido como siempre a alcanzar la gran victoria que los cielos le negaban a porfía, porque podría creerse que por sus venas no corría la roja sangre del cristiano bien nacido, sino el negro veneno de quien no está dispuesto a irse a la tumba sin haber dejado su nombre marcado a sangre y fuego en la memoria de los hombres.

A su edad, los ancianos allá en Úbeda no aspiraban más que a un rayo de sol en las mañanas, un vaso de buen vino a media tarde y un banco en la puerta de las casas desde el que ver pasar las mozas y los últimos flecos de la vida, pero aquel indestructible extremeño sarmentoso aún aspiraba a vencer en mil batallas, levantar cien ciudades y ganar para su rey un millón de súbditos sumisos.

Sí; Pizarro era muy capaz de plantarle cara a la muerte y derrotarla si de ello dependía la huella que dejara de su paso por la tierra.

Alonso de Molina, nacido en el seno de una familia feliz y habiendo pasado su juventud rodeado por el aliento de los suyos hasta el punto de que a pesar de haberse sacrificado para pagarle los estudios en Sevilla, Toledo y Roma supieron aceptar que prefiriese abandonar los libros para lanzarse a la aventura de las armas, comprendía sin embargo, mejor que muchos, que aquel pobre porquerizo analfabeto, hijo bastardo de un gentilhomme de dudosa alcurnia, necesitase más que nadie destacar por encima del resto de sus contemporáneos.

Para Pizarro, conquistar un imperio constituía ya la única esperanza de justificar una vida de la que tan sólo había recibido golpes y vejaciones, sin ofrecerle como alternativa de futuro más opción que la victoria total o la más negra derrota.

Volvería para vencer o morir, pero él, que había aprendido a apreciar a aquel viejo gruñón y cabezota, no deseaba

convertirse una vez más en testigo de su indudable fracaso.

Escuchó un rumor de voces en la estancia vecina, luego unos seguros pasos que se aproximaban a la gruesa cortina, y tomó asiento en la estera en el momento en que hacía su aparición un hombre de corta estatura pero semblante enérgico y altivo que vestía una rica túnica multicolor, calzaba sandalias de fino cuero y se adornaba el pecho con el distintivo de los «curacas».

Se observaron unos instantes en silencio y se diría que al recién llegado le impresionaba la presencia de aquel altísimo ser de ojos claros y barba espesa, pese a que se encontrase sin duda prevenido ante lo inusitado de su aspecto.

—Soy Chabcha... —dijo al fin yendo a tomar asiento sobre un banco de piedra con la espalda apoyada contra el muro—. Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, y me envían a buscarte.

—¿Para llevarme adónde?

El otro tardó en responder como si necesitase tomarse un tiempo para aceptar el hecho de que aquel extraño individuo hablara su propia lengua y lo hiciera con un vozarrón que retumbaba en la amplia estancia de oscura piedra pulimentada.

—Para llevarte al Cuzco —se decidió a replicar—. El «inca» quiere verte.

—¿Huáscar?

—¿Acaso existe otro?

—He oído decir que su hermano también aspira al trono.

—Atahualpa tan sólo es su hermanastro; un bastardo sin derechos sucesorios. Únicamente la condescendencia de Huáscar ha impedido que el castigo de los dioses caiga sobre su impía cabeza, pero la paciencia de mi señor se está acabando.

—Pues por lo que tengo visto tu Señor debiera andarse con ojo porque el poderío de su hermanastro se acrecienta.

—No creo que sea asunto de tu incumbencia. ¿Cuál es tu nombre?

—Molina... Capitán Alonso de Molina, natural de Úbeda.

El indígena se tomó de nuevo un tiempo para asimilar el desconcertante nombre que acababa de escuchar y, cuando pareció haberlo memorizado a la perfección, señaló con su sequedad habitual:

—Escúchame bien, Capitán Alonso de Molina, natural de Úbeda... No soy quién para decidir si eres un dios o un simple mortal llegado de tierras muy lejanas, pero hay algo que debes tener presente si pretendes vivir en paz entre nosotros; la suprema autoridad del «Inca» no admite discusión y quien la pone en entredicho es reo de muerte.

—Escúchame tú también a mi, Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo... Desembarqué en tu país dispuesto a aceptar la autoridad de su soberano, quienquiera que fuese, pero desde el día en que puse el pie en Túmbez, unos me hablan de Huáscar y otros de Atahualpa; unos quieren que les acompañe al Cuzco y otros a Quito; unos pretenden adorarme como a un dios, y otros apedrearme como a un perro... ¿Qué actitud quieres que adopte si os negáis a ofrecerme una pauta?

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué?

—Desembarcar en Túmbez cuando tus acompañantes volvieron al mar.

El español le observó largamente mientras se entretenía en rascarse con fruición el enmarañado bigote, hecho que había descubierto que desconcertaba a los barbilampiños indígenas, y al fin optó por encogerse de hombros y negar con un gesto:

—Esa es sin duda una buena pregunta que me repito a menudo... —señaló—. ¿Por qué diantres se me ocurrió la idea de quedarme en un país desconocido cuando todo lo que amo está tan lejos? —Se encogió de hombros con sin-

cera indiferencia—. Aún no conozco la respuesta exacta, pero confío encontrarla.

—¿Cómo aprendiste nuestro idioma?

—Por unos prisioneros tumbecinos que Bartolomé Ruiz encontró en una balsa que andaba a la deriva y trajo a la isla del Gallo. Los idiomas siempre fueron mi fuerte. De niño aprendí latín y griego; de muchacho, portugués e italiano, y de soldado ya, alemán y flamenco... —Rió divertido—. Pero supongo que todo eso a ti te suena a chino...

El «curaca» hizo un gesto a sus espaldas; hacia el punto en que se suponía que quedaba el océano.

—¿Existen muchos países más allá del mar de donde vienes?

—Muchos —admitió Alonso de Molina—. Demasiados, quizás, a juzgar por los líos que arman... ¿Acaso vosotros no tenéis vecinos que hablen otros idiomas?

—Los tenemos —admitió el inca—. Pero no son más que «aucas», salvajes sin ley, orden, ni dios, que incluso se devoran entre sí... —Permaneció unos instantes ensimismado, como si su pensamiento se encontrase muy lejos, se alisó levemente el borde de la túnica con un gesto instintivo que repetía con frecuencia, y súbitamente pareció tomar una decisión poniéndose en pie casi de un salto—: Es hora de marcharse —dijo—. El camino es largo.

Fuera hacía frío.

Dos docenas de hieráticos soldados y algunos pacientes portadores aguardaban sin embargo al borde del camino, y aunque sus impassibles rostros de nariz aguileña y rasgados ojos oscuros raramente mostraban sus emociones, resultó evidente que al aparecer el español algunos se agitaron, pues la monstruosa presencia del gigante barbudo que vestía de metal reluciente y se armaba con una larga espada y un «Tubo de Truenos» superaba con mucho cuanto pudieran imaginar que verían nunca.

Alonso de Molina sostuvo su mirada con firmeza, y por último se volvió a su acompañante:

—¿Dónde están «El Orejón» «Cara de Flauta» y sus hombres? —quiso saber.

—Volvieron a Túmbez —fue la agria respuesta—. Y ese «Orejón» «Cara de Flauta», como le llamas, es Chili Rimac, pariente directo de mi Señor, el «Inca»... Te aconsejo que muestres más respeto hacia cuantos tienen sangre real.

—Poca sangre tenía ése —replicó Molina en tono abiertamente despectivo—. Y más miedo que siete viejas... Veía enemigos por todas partes y a Ginesillo ni siquiera le permitía que se le aproximara porque es negro...

—¿Negro? —repitió incrédulo el «curaca»—. ¿Un hombre negro... «negro»?

—Como el carbón. Ginesillo es más negro que las piedras del muro.

—¿Y con qué se pinta?

El andaluz lanzó una sonora carcajada que inquietó a los soldados y espantó a los porteadores:

—No se pinta —replicó—. ¡Qué más quisiera que tener que pintarse...! Nació así.

—No es posible —negó el indígena agitando convencido la cabeza—. Nunca se ha oído hablar de un hombre negro.

—Pues si quieres convencerte no tienes más que bajar a Túmbez y lo encontrarás revolcándose con todas las muchachas que le acosan. El maldito «Orejón» no quiso que viniera y aún no entiendo por qué. Hace años que vamos juntos a todas partes...

El otro pareció profundamente preocupado.

—Nada me comentó de un hombre negro —musitó casi para sus adentros—. Ni en el Cuzco nadie conoce tampoco su presencia. Los mensajeros hablaron de un hombre alto, blanco y barbudo. Señor del Trueno y de la Muerte, pero ni una sola palabra se dijo acerca de un... «negro». ¿Seguro que no sueñas?

—¡Oh, vamos! —protestó Alonso de Molina—. Conseguirás decepcionarme. ¿Tan difícil resulta imaginar que exista una persona cuya piel sea del color de tu cabello...? —Aproximó su antebrazo al del inca—. Yo soy blanco, tu cobrizo, ¿qué tiene de extraño que otros hayan nacido más oscuros?

Chabcha Pusí, «curaca» de Acomayo, necesitó reorganizar su mente ante la enorme cantidad de novedades que se veía obligado a asimilar en tan corto espacio de tiempo, y tras alisarse una vez más el borde de la túnica, sacudió la cabeza y se encaminó hacia el más cercano de sus hombres al que musitó algo en voz baja.

El español aprovechó la ocasión para orinar sobre un matojo, ajeno al desconcierto que su acción provocaba entre quienes cuchicheaban tratando de ponerse de acuerdo sobre si se trataba de un dios o un simple mortal, al tiempo que extendía la mirada sobre el sucio desierto que se perdía de vista a la orilla de un mar gris y plomizo, pues desde que dejaran atrás las últimas manchas de verdor que rodeaban Túmbez, el paisaje se había convertido en una monótona llanura seca y estéril, cubierta eternamente por un cielo turbio y polvoriento que filtraba la luz desdibujando los contornos de las cosas.

Aquél era sin duda el lugar más desolado y triste que hubiera contemplado a lo largo de sus treinta y tantos años de existencia, ya que la seca calima nada tenía que ver con las brumas de las altas montañas ni aun con las densas nieblas de los amaneceres en las profundas selvas, y más bien se trataba de un aire pastoso y viejo, como sin vida, que transmitía a los objetos, las bestias y aun los hombres el deprimente aspecto de encontrarse arrinconados en el desván del universo.

Salvo el «tambo» o fortín en que acababa de pasar la noche y que se alzaba negro y altivo, desafiante y poderoso, al borde del camino dominando estratégicamente una pequeña garganta que daba paso a un largo valle que se